



David Lynch, el hombre de la cabeza soñadora

Dos libros indagan en los misterios del cineasta y analizan su mítica serie “Twin Peaks”, que regresa el día 22

TINO PERTIERRA

Se acabó la espera. El día 22 se estrena en España la continuación de **Twin Peaks**. La mítica serie creada por **David Lynch** y **Mark Frost** genera 25 años después una expectación acorde con su condición de título de culto que dio un buen revolcón a la forma de realizar ficciones televisivas. Es, además, un regreso por partida doble: Lynch, que se retiró de cine tras **Inland Empire** (2006), se pone tras las cámaras para la pequeña pantalla tras escapar de la grande.

David Lynch. Un autor total. Laberíntico. La actualidad editorial le reclama. **El hombre de otro lugar**, de **Dennis Lim**, es una buena guía para el viaje. No es una biografía al uso, tampoco un ensayo que pronto caerá en desuso. Lim se atreve, y elogiemos su temeridad, a navegar por los entresijos de su mente. Casi nada. Desde sus primeros cortometrajes (previos a su imborrable **Cabeza borradora**) hasta sus inquietudes en todo tipo de campos artísticos. Nada le es ajeno. Todo le concierne. Y en esa percepción absoluta y avasalladora de la vida, los sueños tienen una importancia capital. Definitiva y definitiva. Pertenecer Lynch al “pequeñísimo grupo de artistas que se han convertido en adjetivos corrientes por la fuerza y el carácter singular de su obra”. Buñuel, Kubrick, Fellini, Hitchcock y casi pare usted de contar. Mucho se ha escrito sobre la etiqueta “lynchiano”. Demasiado, tal vez. O demasiado previsible. Lim no trata de enjaular la fiera creativa de Lynch sino que abre le abre las puertas y para que vague a sus anchas. Es fascinante que a pesar de lo mucho que se ha dicho y escrito sobre Lynch (imprescindible el documental **David Lynch: The art life**) aún queden tantas zonas en sombras, tantos cabos por atar, tantos misterios que seguramente no vale la pena resolver porque en el caso de Lynch las respuestas no siempre son necesarias. Incluso pueden llegar a estorbar. Lim no pretende explicar ni interpretar sino aclarar conceptos y subrayar sin devoción ni acritud los trazos que componen el lienzo creativo de Lynch situándolo en un contexto muy concreto, sin apartar algunas de sus posturas políticas o filosóficas más inquietantes.

Vayamos a 1961: “Una novia le presenta al David Lynch quinceañero a un chaval llamado **Toby Keeler**, cuyo padre, Bushnell, es artista. Lynch visita su estudio y se sorprende al ver que es posible ganarse la vida con aquello. Bushnell le da



David Lynch. El hombre de otro lugar

Dennis Lim

Alpha Decay, 249 páginas.
21,90 euros.



Regreso a “Twin Peaks”

VV.AA.

Errata Naturae. 312 páginas.
20,00 €. Errata Naturae. 312
página. 20,00 euros.

un libro titulado **El espíritu del arte**, del pintor **Robert Henri**. El libro reúne notas y charlas que dio a sus estudiantes, combina la instrucción técnica con meditaciones sobre el arte, la ‘fuente de nuestra mayor dicha’, y está salpicado de frases alentadoras (‘¡Haz algo grande, muchacho!’). Para el adolescente Lynch, aquel libro lo cambia todo y se convierte en un símbolo de lo que es posible. Decide dedicarse al noble y romántico oficio del arte, o, como él dice, de la ‘vida artística’. Lynch ha sido “un hombre del Renacimiento durante toda su vida laboral: dibujó una tira cómica titulada **The Angriest Dog in the World** durante una década y siempre ha encontrado tiempo para pintar, fotografiar, diseñar muebles, componer música y otras cosas” (como actuar, publicar discos o sacar su propia marca de café ecológico). Y “firme defensor de la meditación trascendental, ha preconizado la meditación en las escuelas”. La carrera de Lynch “es una sucesión de altibajos y está llena de ascensos meteóricos y caídas estrepitosas, giros inesperados y largos periodos de inactividad. Vista de otra manera, es un ejemplo de constancia, un testimonio de determinación que raya en el autismo”. Para cualquiera que “conozca un poco sus películas –para cualquiera, dicho de otro modo, que tenga cierta cultura pop–, muchas imágenes y sonidos le parecerán instantáneamente lynchianos: una carretera por la noche, unos labios de mujer carmesíes, unas cortinas rojas y un escenario iluminado. Cualquier situación puede volverse lynchiana ante nuestros ojos: el parpadeo de una bombilla, un ruido sordo que crece en medio de la banda sonora, un silencio inesperado o una sensación de déjà vu. Pero Lynch es más que la suma de sus efectos. Un catálogo de cosas raras no da cuenta de la irreductible extrañeza”.

Nacido en 1946, Lynch “es contemporáneo absoluto de **Steven Spielberg**. **Cabeza borradora** se estrenó justo dos meses antes de **La guerra de las galaxias**, de **George Lucas**. Lynch pertenece a la generación de **Francis Ford Coppola**, **Martin Scorsese** y **Terrence Malik**. Pero, a diferencia de sus colegas, Lynch reformó el cine estadounidense sin dejarse absorber por el establishment hollywoodiense. Todo lo contrario: el gran logro de Lynch es haber introducido en el gusto mayoritario una estética esencialmente vanguardista”.

Experimental y populista, Lynch “se ha vuelto más libre y más radical con la edad. También se ha convertido en un personaje. Hay pocos directores de cine que tengan una existencia tan destacada en nuestra conciencia colectiva. Las excepciones, como Hitchcock, Herzog o Tarantino, deslizan muchas veces su imponente figura en sus películas. Lynch apenas aparece en las suyas, que no son autobiográficas de ninguna manera obvia, pero sí cultivan una intimidad psicológica. Sus películas dan la impresión de brotar directamente de su inconsciente, y quieren activar algo en el nuestro. Es difícil saber cómo entenderlas si no es de una manera personal”.

Pasa a la página siguiente

“Twin Peaks” cambió las teleseries y construyó un lugar mítico

Viene de la página anterior

De lo general a lo concreto: **Regreso a Twin Peaks**. La serie de Lynch marcó un antes y un después en la televisión de los noventa e hizo de él un cineasta de éxito masivo al tiempo que convertía un escenario de la América más profunda en un lugar mítico, un malsano Camelot que entraba a saco en la mitología moderna. En el libro es el mismísimo David Lynch quien cuenta cómo nació la idea y cómo se llevó a cabo, con anecdotario incluido. **David Chase**, creador de **Los Sopranos** se exploya sobre cómo influyó la serie de Lynch sobre los mafiosos de Nueva Jersey y sus sueños. El cineasta español **Nacho Vigalondo** aborda el desconocido final alternativo de **Twin Peaks** y cómo se coló en su cine, y **Michel Chion** deja elocuentes muestras de por qué es el mayor experto en la obra “lynchiana”. Otros autores proponen argumentos tan sugerentes como la lágrima como motor del cine de David Lynch.

Twin Peaks, explican los coordinadores del libro **Raquel Crisóstomo** y **Enric Ros**, “nos acostumbró a contemplar el mundo cotidiano como si fuera una alucinación. Al igual que el Alfred Hitchcock de **Vértigo**. **De entre los muertos**, Lynch se atrevió a insertar inquietudes personales en el seno de un producto destinado a luchar por los índices de audiencia, a través de una rica simbología poblada de troncos y abetos Douglas, diners con mesas de fórmica, desayunos con tazas de buen café, donuts y tartas de cereza; y también padres terribles, hombres gigantes, enanos bailarines o hippies envejecidos que se convertían en la pura encarnación del mal. En aquellos años no resultaba demasiado lógico que un director de cine que acababa de ganar la Palma de Oro de Cannes (por **Corazón salvaje**) se interesara por un medio que habitualmente se consideraba un trampolín para futuros creadores cinematográficos o, en el extremo opuesto, un ‘cementerio de elefantes» para artistas en declive”. Lynch fue “lo suficientemente lúcido para ver las grandes posibilidades que la televisión ofrecía en una era en la que el cine de Hollywood estaba ya siendo dominado por las estrategias comerciales de los ejecutivos provenientes de otros sectores”.

Como subraya el gran Chase, “mientras la estaba viendo, experimentaba una sensación en cierto sentido espiritual. Lynch lo llama su inconsciente, no su subconsciente. Pero yo creo que va directamente al subconsciente, y sientes como que has estado allí”. Y allí volveremos el día 22. Qué nervios...

LIBROS

El 98 y los novecentistas ante el Quijote

Argüelles-Meres vincula la figura del clásico español con la utopía de la Segunda República

FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

El profesor **Luis Arias Argüelles-Meres** (1957) es autor de ensayos, novelas y, acaso sobre todo, veterano cultivador de artículos periodísticos en los que siempre, creo, predominó una atención especial a la Segunda República española, a **José Ortega** y a **Manuel Azaña**, así como a los maestros de la llamada Generación del 98. Nada resulta, pues, menos extraño que a la nómina de sus publicaciones se sume ahora **La reinención del Quijote** (con subtítulo explicativo) que une el personaje cervantino a los antedichos. Quiero decir que tarde o temprano tenía que ocurrir este libro. Entiéndase su Primera Parte como una introducción general al modo en que fue interpretado o, mejor, valorado don Quijote por estos escritores españoles que cabalaron entre dos si-

glos, y léase la Cuarta como un continuación y conclusión de aquella, donde Arias incluye sabrosos comentarios a la conferencia que en 1860 el gran estilista **Turgueniev** pronunciara bajo el título “Hamlet y don Quijote” (dos obras geniales, publicadas ambas en 1605), que podría haberse llamado “Hamletianos y quijotescos”, pues “estos dos ‘tipos’ encarnan dos características fundamentales y opuestas de la naturaleza humana, los dos polos del eje sobre los que gira aquella”. El primero es el individualista, la duda, lo trágico. Por el contrario, Alonso Quijano sería la fe, el ideal de cambio para instaurar la verdad y la justicia, lo sublime de un empeño y el ridículo en que incurre. (Acoto que estoy parafraseando: a mi juicio, Quijano no incurre en ridículo alguno, es la realidad chata y ruin la que lo degrada a lo grotesco). Y entre estas



Una música irresistible

Trenes rigurosamente vigilados recupera a **Bohumil Hrabal** medio siglo después del “Oscar”

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

El cine checoslovaco puso una pica en Hollywood cuando **Jirí Menzel** obtuvo el reconocimiento a Mejor Película en Habla no Inglesa para **Trenes rigurosamente vigilados** en 1967. La obra sirvió además para familiarizar al público de ambos lados del Atlántico con un nombre hasta entonces poco conocido, el del escritor **Bohumil Hrabal**, que había narrado aquel tragicómico episodio

sobre la vida y la muerte en una estación de ferrocarriles del Protectorado de Bohemia y Moravia durante las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial.

Seix Barral recupera la traducción que **Fernando de Valenzuela** hizo del texto en su día para Península sumando así al medio siglo de la cinta de Menzel la ocasión de que se cumplan veinte años de la muerte de Hrabal, no sólo el mayor y mejor heredero de ese satírico de talla universal que fue **Jaroslav Hašek**, sino